

## Doscientos años de la Casetta

P. Pietro Antonio Fietta

“27 AGOSTO 1820. - Recurriendo en este día la fiesta de nuestro protector principal S. José de Calasanz, comenzamos a vivir en la casa que había sido preparada para la nueva Congregación”. Así, el P. Francisco Saverio Zanon, en la *Historia documentada* de nuestros Padres Fundadores, señala el comienzo de la primera comunidad religiosa de nuestra Congregación. “Entró el mayor de los directores, quedando el otro para cuidar a la madre octogenaria y se unió al clérigo Pietro Spernich, Matteo Voltolini y Angelo Cerchieri, y como sirviente el joven Pietro Zalivani, todo con el espíritu de pertenecer al nuevo Instituto”.

Doscientos años después, es bueno volver a los orígenes para comprender la preciosa herencia que nos llega de esa pequeña casa que fue el nido de nuestra Congregación. Siempre lo he escuchado así, y siempre pensé que era una casa pequeña con pocas premisas. En realidad, no fue así. Eran pequeños edificios viejos y en ruinas, que unidos podrían haberse convertido en una sola casa. Pero los Fundadores tuvieron que sufrir y esperar mucho tiempo para comprar las casas que se interpusieron entre las que ya habían comprado. El emperador de Austria acudió al rescate y en su segunda visita a las escuelas ofreció a nuestros padres 1000 florines para pagar las deudas de la escuela y con los restos que lograron comprar y reajustar las otras casas que, junto con las que habían comprado anteriormente, formó la casetta.

La pequeña casa ha pasado por varias vicisitudes y propietarios de acuerdo con lo que el Padre Basilio escribe en *Pensamientos y afectos* en 1958. “La pequeña casa donde nació la Congregación y donde muchos de nuestros cohermanos murieron santos, Dios quería devolvérsela. El Somaschi lo tenía, luego el Banco de San Marcos, luego el Gesuati y luego nosotros”.

Los Cavanis habían comprado el Palacio da Mosto para sus alumnos, pero para ellos eligieron la pobre casita. Antonio dejó el noble Palacio Cavanis, su casa grande, hermosa, aireada y soleada, ubicada en uno de los lugares más bellos de Venecia, para ir a vivir en la casa estrecha, pobre y poco saludable. Creo que fue para él vivir en su carne el misterio de la Encarnación: como hombre rico se hizo pobre, se rebajó para compartir el destino de los pobres y revivir a los jóvenes dispersos, dando su vida para que los niños tuvieran nueva vida.

Como lo describe P. Zanon, la casa debe haber sido realmente pobre: “La casa era un edificio que rodeaba el jardín por dos lados; uno a lo largo de la fundación de los Arsenalotti, el otro a lo largo de la Corte Balecca. El primero estaba formado por la planta baja y un solo piso, el otro tenía dos pisos. El comedor y la cocina estaban en la planta baja de la primera rama; el oratorio en el segundo. Paredes viejas, remendadas, corroídas por la sal y, por lo tanto, siempre pisoteadas en la planta baja: desde el jardín hay que descender dos escalones para llegar al comedor y cuatro escalones para ir al oratorio. Y cuando, como sucede en Venecia incluso más de una vez al año, en invierno las aguas de la laguna se hinchan por la marea y el viento que las empuja del mar, invaden los puntos más bajos y, a veces, toda la ciudad, ese pobre comedor, la cocina y, más aún, el oratorio, se inundaron y los cohermanos que vivían en Casetta pudieron informarnos sobre cuándo los bajos bancos del oratorio flotaban en el agua de la inundación y los hermanos laicos tenían que hacer algún tipo de balsas en la cocina, acercarse y preparar comida para la comunidad”.

Varias veces escuché historias de cohermanos mayores que el invierno en Venecia fue muy duro y húmedo, no había calefacción en la casa, los baños eran bastante rudimentarios. En la habitación había una jofaina con agua y, a menudo, en invierno tenían que romper primero el hielo para lavarse.

La vida en la casetta estaba en la simplicidad y la pobreza, era la vida escondida con Cristo en Dios, a través de la oración, el recuerdo, el esfuerzo de estudiar y enseñar. La casetta fue también el primer seminario Cavanis. Entre esos pobres muros, bajo la sabia y amorosa guía del Padre Antonio, los jóvenes clérigos saborearon y bebieron el Carisma Cavanis, preparando así el surgimiento de una nueva Congregación para la Iglesia que tomaría el nombre de Escuelas de Caridad. Y fue precisamente la caridad la que animó a esa pequeña comunidad por la cual cada pequeño castigo estaba encantado por el bien que esperaba. No faltaron dificultades, problemas e incluso grandes sufrimientos cuando la muerte visitó la casetta cosechando vidas jóvenes que fueron grandes promesas para la nueva Congregación. El ambiente húmedo y poco saludable, la comida a menudo escasa ofreció un terreno fértil para enfermedades que para algunos han resultado mortales. De las alabanzas funerarias que el P. Marcos escribió para el joven difunto Ángelo Battesti, que era diácono, José Scarella y Bartolomeo Giacomello, uno puede entender cuán grande fue la piedad y el fervor religioso que animó a la primera comunidad y cómo vivieron unidos en el vínculo de la caridad. Valorando la vida ejemplar de estos jóvenes religiosos, el P. Marcos escribió: “El amor por el propio Instituto siempre mantiene vivo el espíritu de la vocación particular, despierta la estima de tanta gracia, inflama el compromiso de corresponder a ella, nos anima a apoyar las tribulaciones. del ministerio, refuerza las tentaciones de inconstancia y disipa las ilusiones de una piedad caprichosa que se satisface y se alimenta del fervor imaginario, mientras descuida las prácticas de las obras que se adaptan a su estado, mientras que estas son las que el Señor busca de cada uno”.

“El hogar es donde se encuentra el corazón”, escribió Plinio el Viejo, y, por lo tanto, el corazón de la Congregación naciente palpitaba en la pequeña casa, que se originó de la ardiente caridad de los dos hermanos que también se transmitió a los primeros congregados. La llama de la caridad iluminó la vida santa de muchos de nuestros cohermanos que nos precedieron, conmovió el corazón e iluminó las mentes de generaciones de jóvenes que se acercaron a nuestras escuelas y fueron ayudados a redescubrir los verdaderos valores de la vida. Podemos decir que algo que ha pasado por el corazón nunca muere, porque el amor es vida y los que aman no mueren. En la caridad se encuentra la fuente y la perennidad de nuestro carisma y no traicionaremos nuestra misión si somos impulsados únicamente por la caridad de Cristo y no por otros intereses particulares.

Durante doscientos años hemos construido grandes estructuras, institutos y escuelas para el bien de la juventud y, olvidando el espíritu de pobreza que animó nuestros orígenes, hemos adaptado nuestros hogares con todas las comodidades, cediendo a lo que el Papa Francisco llama “mundanidad”. Hoy sentimos la dificultad de llevar a cabo las grandes estructuras también para la reducción del número de religiosos en algunas partes territoriales. Estamos dispuestos a abandonar algunas estructuras, pero no sé si estamos dispuestos a abandonar ciertas comodidades, o estilos de vida burgueses, para volver al espíritu de pobreza que nos hace sentir la necesidad de que Dios confíe en su Providencia y esté más cerca de los pobres.

Basilio Martinelli también nos dejó una buena recomendación: “Nunca dejes que la pobreza, la caridad paternal, el espíritu de los Fundadores nunca falle. Si existe esto, lo bueno que haremos será excelente y la marca en nuestros queridos alumnos no se cancelará. ¡Amamos la pobreza! La pobreza es la virtud que más agrada a Dios y a los Fundadores. Es la base de la vida religiosa”.

La casetta nos recuerda un poco el hogar doméstico y la vida familiar que tuvo lugar a su alrededor. ¿Son nuestras comunidades realmente familias? Vivimos la fraternidad no porque repetamos un eslogan común, todos somos hermanos, sino porque en la comunidad nos sentimos como en casa, unidos en el vínculo de la caridad, aguantando y valorizándonos mutuamente, y donde cada uno tiene una tarea y un papel que desempeñar.

Siempre hemos dicho que nuestros trabajos quieren ser familias donde los alumnos sean bienvenidos como niños y donde ejercemos el oficio más de padres que de maestros. La familiaridad paterna, la presencia asidua en medio de los niños, la vigilancia ha formado la base del método educativo Cavanis que inspiró al propio San Juan Bosco. Pero no podemos vivir solo del legado del pasado, repitiendo solo y siempre lo que siempre se ha hecho, sino que estamos llamados a una fidelidad creativa, que es ser creativos y audaces, pero siempre fieles al espíritu de los orígenes, es decir, impulsados por el gran amor por niños y jóvenes. Los tiempos han cambiado, pero los jóvenes de hoy necesitan, más que en el pasado, conocer a verdaderos padres que los guíen en la vida.

En algunos países del norte de Europa había una tradición muy significativa. Cuando se celebró una boda, el esposo trajo algunas brasas del hogar paterno para encender el fuego en el nuevo hogar donde se fue a vivir. Este gesto significaba que los cónyuges atesoraban todas las enseñanzas recibidas de sus padres y se comprometían a vivir el amor como sus padres. Será nuestro compromiso llevar las brasas del hogar a todas las aperturas de misiones y nuevas fundaciones.

Celebrar el bicentenario de la casetta significa revivir el fuego del hogar doméstico, reavivar las brasas que yacen bajo las cenizas del tiempo, porque el Espíritu respira nuevamente en nuestros corazones y en nuestras obras y podemos presumir del nombre Cavanis.

*(traduzione a cura di P. Maurício Kviatkovski de Lima)*